



En la vejez

Me gusta estar con ellos.

Cada tarde, recorro la distancia entre el jardín y el salón para encontrarlos reunidos, en el mismo sitio, con la misma pose, en la misma lentitud de un tiempo que ya no avanza.

La mayoría refuerza el caminar de sus años cansados con el bastón tallado por la experiencia misma.

Son rostros contorneados a golpes de vida. Son miradas nostálgicamente ausentes. Me gusta oírles repetir sus infancias bien recordadas y entrelazadas con los olvidos del presente que espera, rutinario, el turno para la cena.

Y, sobre todo, me gusta aprender la lección de sus sonrisas sabias y sinceras que se abren hueco en la triste soledad que resta entre el haber sido mucho y el estar dependiendo tanto.

Cuando llega la hora y recorro el camino inverso, pienso que algún día otro bastón sostendrá mi tiempo futuro en un salón, tras un jardín. Y deseo que, para entonces, no haya olvidado sonreír.

Faustina Moreno Corrales



Anónima trinchera

Bosque de escombros. Nido de Fuego.

Cuna alargada de la muerte.

Parto estéril de fecundas madres.

Llanto de hombre.

Hermanastra de la tumba. Cauce de sangre.

Cruz mutilada donde siembran las naciones su cosecha de AMOR.

Juan V. Acosta López

I Tu pelo azafrán

Me hueles a incienso y miel,
a tarde de primavera intensa;
a romería alegre, cercana;
tu boca sabe a manzana.

El aire espeso de aromas exóticos
me emborracha y me eleva.
Eres azul, blanco, amarillo, rojo;
con olor a retama y claveles.

Mi corazón cabalga,
me miro en tus ojos marrones
respiro en tu boca,
mi pecho se eleva.

Me coges del cuello.
Me acercas despacio,
tu pelo azafrán,
¡¡Eres jirafa!!
Me abandono en tus brazos...
No hay tiempo.



II Lluvia de estrellas

No, respirar no.
Sin ti, no quiero el aire.

¿Qué secreto guardan tus ojos?
¿Quién es el hada en tus sueños?
¿Quién es el objeto de tus deseos?

¡Ay de mí! Y te amo.
Con mi cabeza inclinada,
con mis brazos en tu cuello,
con mis dientes marcando camafeos
[en tu cuerpo.

En un tiovivo encantado,
con luces de todos los colores,
con olor a dulce algodón,
con un gigante de mil y una noches,
con un cielo estrellado...

Y cuando cae el estío
seguir amándote;
poder volcarme, poder mirarte,
en el balcón de tus ojos, bajo una
[lluvia de estrellas.

III Que no pronuncie tu nombre

Arrastro la pena de tu amor de oro y fuego.
Fui guitarra en tus manos, boca; muslos; pecho.

Contigo toqué el infierno y el cielo;
mi alma cantó un aleluya, voces extrañas
[entonaron un himno secreto,
olor a incienso, claveles y lirios tomaron mi cuerpo.

Que mi boca no pronuncie tu nombre.
Que mi memoria borre tu recuerdo.
Que el aire no traiga tu aroma.
Que no venga, que no toque mi pelo.
No me distraigas, no te quiero; no te amo; no quiero.



M^a Loreto Sutil Jiménez

Anhelos

Calma con tu ternura
 el fuego de mis entrañas
 con tu infinita paciencia,
 con tus ojos de esmeralda,
 con la pasión de tus besos
 que sacian todas mis ansias.

Calma mi desamparo
 con tus caricias soñadas,
 con el roce de tus dedos,
 con tu voz enamorada,
 con tu dulce desenfreno,
 con la paz de tu mirada.

Calma, en fin, los anhelos
 de mi alma desolada,
 con tu vida entera, al alba,
 cuando despiertan calladas
 las sombras de los recuerdos
 y la luz de la mañana.



Imagen en el lago

Un puñal de luz
 en las tinieblas,
 un halo de sol
 en el cabello;
 la sonrisa sutil
 de lo fatídico
 y el silencio cruel
 de los recuerdos.

Así es tu imagen
 de sombras sobre el lago;
 de correr, sin rozar,
 todas las sendas
 que llevan sin moverse
 a todas partes.

Francisca García Olivares